

# El buen mal

DIANA HIDALGO DELGADO

Pontificia Universidad Católica del Perú

a20206848@pucp.edu.pe

En *El buen mal* (2025), Samanta Schweblin (Buenos Aires, 1978), nos sumerge en relatos que transitan entre la rareza, la tragedia, la incomodidad y lo inquietante. La autora argentina vuelve al territorio en el que mejor se mueve: lo cotidiano descompuesto por lo insólito, lo íntimo atravesado por la oscuridad, la ternura contaminada por pulsiones violentas. Sus cuentos, breves y tensos, avanzan en un equilibrio frágil entre lo real y lo fantástico, entre lo dicho y lo no dicho, produciendo una sensación de escalofrío en la que sabemos que algo anda mal y que se pondrá peor.

El libro abre con “Bienvenido a la comunidad”, un relato en primera persona en el que Schweblin explora los límites de la maternidad desde su ángulo más incómodo. Una madre agotada, harta de la rutina y de la incompetencia de su marido, decide ahogarse en un lago. El intento fracasa y debe volver a la vida doméstica: bañar a sus hijas, cocinar, reprimir la desesperación. Pero la calma aparente se interrumpe cuando la mascota de las niñas, un conejo llamado Tonel, se escapa. Al buscarlo, la madre se cruza con un vecino cazador, un hombre extraño que la observó hundirse en el agua y que le enseña a desollar conejos con la precisión de un cirujano y la brutalidad de un carnicero. En su mente rondan pensamientos perturbadores: ¿y si en vez de devolver el conejo vivo a su hija le entrega el cuerpo muerto? ¿Podría así transmitirle el dolor que ella misma carga? La historia plantea una pregunta persistente: ¿qué sostiene a alguien al borde del derrumbe? ¿Es el amor suficiente, o la culpa y la vergüenza funcionan como anclas más eficaces para seguir viva? En esta narradora hay una fuerza salvaje que la impulsa a sobrevivir, aunque sea en un hogar turbio y hostil. La historia nos recuerda que la maternidad también puede ser un



## El buen mal

Samanta Schweblin  
Penguin Random House  
Barcelona, 2025, 192 pp.

terreno pantanoso donde la culpa y la violencia se confunden con el instinto de protección.

Otro de los relatos es “Un animal fabuloso”, en el que la tragedia llega de golpe: un niño de siete años se arroja por la ventana de su cuarto jugando a ser un caballo que vuela. Años después, la madre del niño y una amiga cercana de la familia reviven aquel episodio en una conversación marcada por la memoria y la culpa. ¿Qué recordar, qué callar, cómo sobrevivir a lo inimaginable? La narración revela que, incluso en la adultez, las amistades se convierten en refugio para metabolizar lo que nunca se comprendió del todo y el dolor más innombrable de todos: perder a un hijo.

En “El ojo en la garganta”, el mejor cuento del libro, un accidente doméstico deja sin voz a un niño que se traga una pila. Narrado desde su propia perspectiva conforme pasa el

tiempo, el relato convierte su silencio en mirada aguda de la realidad. El niño observa a sus padres, percibe sus fracturas y entiende la distancia creciente entre ellos. Sobre todo, entre él y su padre: esta se vuelve un abismo. Schweblin logra un retrato preciso como conmovedor y perturbador de una familia quebrada por la culpa.

Los cuentos de *El buen mal* parecen orbitar en torno a una misma tensión: la del pasado que regresa para exigir cuentas. Sus protagonistas cargan con tragedias, culpas y recuerdos que no se disuelven; vuelven una y otra vez a ese punto de quiebre como si la repetición fuese la única manera de procesarlo. Schweblin explora cómo la culpa, la pérdida y la muerte contaminan los vínculos más íntimos: la relación madre-hija o padre-hijo, los vínculos entre los hermanos, la amistad, la fraternidad. El oxímoron del título es clave: hay un “buen mal” que atraviesa a sus personajes, una acción dolorosa que, paradójicamente, puede sostenerlos, obligarlos a seguir en pie, aunque sea en la dirección más turbulenta.

El estilo de Schweblin es el de siempre: narración precisa, tensa, calculada con la pericia de quien domina la forma breve. No permite al lector anticipar, pero sí lo mantiene atrapado en un territorio enrarecido y pantanoso. En su escritura, cada detalle es dosificado para provocar la reacción exacta. Como ya había mostrado en el libro de cuentos *Pájaros en la boca* (2008) y en la novela *Distancia de rescate* (2014), la autora se mueve en los bordes de lo íntimo y lo incómodo, lo familiar y lo ominoso, con una destreza que confirma su lugar en la tradición del cuento latinoamericano contemporáneo. *El buen mal* es un libro que incomoda. No ofrece consuelo ni certezas: sus relatos exigen al lector entregarse a lo incierto, aceptar la rareza y convivir con la inquietud que se instala incluso después de cerrar el libro.